

Versaciones de un chupaplumas

¿Continuará?

Que me lo debí de preguntar yo mismo¹, por lo visto, en el momento y sobre la marcha, o si no ahí estaba escrito, con sus interrogaciones y remarcado como si no lo quisiera olvidar; pero que habría olvidado con perfecta y sincera naturalidad de no haber sido porque él, ahora, no sabría yo calcular cuánto tiempo después porque veo que está sin fechar, me alarga y papel, y me lo pregunta, ahora, en el



presente...

– ¿Continuó? — dice.

– La pregunta — respondo² — podría tener su gracia si no fuera porque...

Pero me paro en el “porque” porque quiero, antes de continuar, saber qué le parecen mis progresos, y le pregunto ilusionado “¿cómo lo ves?”

– No sé — dice torciendo el gesto —; lo encuentro como raro. No es tu estilo.

– Pero puede ser el tuyo — respondo, sin dejarme intimidar porque siento, no sé por qué, o sí, a lo mejor, porque llevado del infantil optimismo del que me dan ataques aunque gracias a Dios de tarde en tarde, pienso que las musas se muestran hoy condescendientes conmigo y puedo con todo lo que se me ponga por delante —; y, el escritor, acuérdate, ahora eres tú.

– Pues por eso lo digo. Porque yo pensé que un burócrata, con la cabeza estructurada para seguir un orden razonable, tan capaz de imaginarme como yo te conozco... o he creído conocerte — y su voz suena apesadumbrada —, pero ya veo que me equivocaba, no dejaría que una situación tan sencilla se le fuese de las manos de una forma tan... Vamos: que me esperaba otra cosa.

¹ Porque lo intenté, doy mi palabra de que tengo una remota noción de recordar vagamente que intenté preguntármelo, pero el panorama era tan desolador que entendí, aun doliéndome en el alma, que las fuerzas adversas del destino se habían confabulado en mi contra para impedírmelo.

² “Con profunda amargura”, quizás, porque me parece que adorna. Pero ya lo pensaré cuando me decida por el estilo.

Versaciones de un chupaplumas

¿Continuará?

Me desazona no ya su decepción — que en lo tocante a cuánto pudiese creer en mí ya sabía, desde el principio, que no debía albergar grandes esperanzas — sino el verlo tan de verdad contrariado; y se me ocurre, por salvar la situación, tratar de alegrarlo, arreglarlo, con algo tan socorrido como “digamos que ha sido sólo un lapsus”.

Pero me mira arrugando la nariz igual que cuando, de niños, hacía ascos a las cucharadas de aceite de hígado de bacalao que su madre le daba; aunque se la traga, por fin, tan a regañadientes como entonces, y accede a “digámoslo si quieres”.

Y que si no te tendré por casualidad un caramelo, recordando, quizás, el sabor del aceite en el que soy quien está pensando... Pero que no termina de gustarle...

– Lo entiendo — intentando mostrarme comprensivo.

– “¡Lo entiendo!” — sarcástico, él, ahora...

Y pero que qué sabre yo.

Y, aunque no digo más pero a punto estoy de contestarle “nada, claro, pero tú me pides un caramelo cuando sabes de sobra que nunca necesité aceite de hígado de bacalao; ¿o te crees que soy tonto y no me daba cuenta de que os burlabais de mí porque estaba un poco gordo?”, él quiere saber si en el colegio o cuándo.

Y que si importa eso mucho. Le contesto.

– No – dice —; pero entre los recuerdos algo me ha traído a la cabeza a... ¿era la señorita Isidora?

– ¿Isidora? ¿Aquella que tenía el pelo rubio tan rizado?

Pero él dice que no.

– ¿No? — yo.

Y él que pues que claro que no “porque de dónde te has sacado tú — me dice con un punto de acritud — que las cosas, y las personas, y los lugares, tengan que ser y tener los colores y los aspectos que tú caprichosamente les adjudiques” cuando, y si me paro a discurrir un poquito, agrega, muy bien puedo encontrarme con que todo, objetos y lugares y personas, no estén siendo, pasado un tiempo, fieles a la imagen que se conserva de ellos.

– Y ya veremos — augura — si no tienes que, aunque te cueste trabajo y te dé mucha pereza, replantearte el rectificar o hacer algún retoque por lo menos.

Versaciones de un chupaplumas

¿Continuará?

No le contradigo porque no tengo ya hoy ganas de más desencuentros, pero a mí me parece que si tengo que rectificar algo casi voy a preferir hacerlo con todo, o gran parte al menos, lo concerniente a la historia y de Ramírez, con sus padres y con sus hijos y con su Sonia y su fisioterapeuta y su polaco y, en un derroche de imaginación o valentía, con el ministerio y la chica de las botitas de piel vuelta, y Vulcano, con su fragua y todo, y mi tía Luisa con sus gemelos y el bricolaje y los tiestos; pero no con la señorita Isidora y su larga y sedosa cabellera de bucles dorados cayendo en cascada por su espalda ni con sus maravillosos ojos verdes que, si encuentro que van a combinar mejor con el vestido que lleve cuando la conozca, no pondré demasiados inconvenientes a que sean marrones, o negros, o...; en fin, ahora no parece que esté corriendo prisa y “ya lo pensaré”, dice mi amigo, si llega el caso.

Y que si quiero por hoy lo dejamos, que parece que me encuentra un poco cansado y que, tal vez por eso, se queda con no sabría precisar qué sensación de que estoy haciendo una especie de cóctel medio raro entre el burócrata y el escritor.

Mi madre, por su parte y con lo que ella es, debe de haberse quedado rezagada o perdida en cualquier ~~parte~~ sitio, porque dice que prefiere no manifestarse; y, Lola, que esa sí me vendría bien, que hoy no venía porque tenía que ir con su prima al hospital acompañando a un cólico nefrítico.

– Decididamente estás muy cansado — dice mi amigo —.

Pero que, si mañana me tomo un día de baja alegando que soy yo el que tiene que ir a urgencias acompañando a unas fiebres de Malta, tendré tiempo de hacer las correcciones pertinentes y, una vez pasado a limpio, numerar las páginas.